

LADRIDOS EXPRESS O SIN PALABRAS

(Pantomima)

de

Víctor Vegas © 2007

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 3 mimos

Copyright © 2007

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: pgil@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

V-0410

Febrero, 2007

El escritor es un hombre sorprendido. El amor es motivo de sorpresa y el humor, un pararrayos vital.

Alfredo Bryce Echenique

PERSONAJES

Un **HOMBRE**.

Un **PERRO** callejero.

Una mujer **POLICIA**.

ESCENARIO

Un parque o plaza pública.

Una banca de parque de las tradicionales, de hierro y madera, al lado de la cual se levanta un poste del alumbrado público.

MÚSICA

Tema de la Pantera Rosa, de Henry Mancini.

Ladridos express fue estrenada el 18 de abril de 2007, en la Sala Experimental del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), de la ciudad de Caracas, con el nombre de **Sin palabras**. Formó parte del espectáculo colectivo La rebelión de los perros, dirigido por Loida Pérez, bajo la producción de Loida Producciones y con el siguiente reparto:

Oswaldo Catamo como **HOMBRE**
Doris Nieves como **PERRO** callejero
Angie Istúriz como mujer **POLICIA**

ACTO ÚNICO

El HOMBRE está sentado sobre la banca de un parque. Lee la prensa relajado, con las piernas entrecruzadas.

Viste con un overol caqui de obrero, sucio y gastado, y una gorra del mismo color; aunque al principio sólo vemos sus piernas y tal vez parte de la gorra, porque el resto de su cuerpo se oculta tras el periódico que lee.

El HOMBRE pasa las hojas del diario lentamente. De tanto en tanto, con las piernas, hace una especie de tijereta en el aire para cambiarlas de posición. Así en varias oportunidades. De improviso, dobla el periódico (al fin le vemos la cara) y mira su reloj. Hace gestos: se ha descuidado con el tiempo. Deja el periódico a un lado y, acto seguido, coge la vianda que está sobre la banca, muy próxima a él; la coloca sobre sus piernas...

Es claro que se dispone a almorzar.

Justo en ese momento entra en escena un PERRO callejero.

También es evidente que el PERRO está hambriento. Olfatea el sándwich que ahora mismo el HOMBRE se dispone a morder por primera vez. Dando saltitos de alegría el PERRO se acerca al HOMBRE y se echa sobre sus patas traseras, de frente a él, a velarlo. El HOMBRE trata de ignorarlo pero es imposible, el PERRO no le quita la vista de encima y está allí acezando y sonriéndole con la cola. De tanto en tanto el PERRO ladra como queriendo decir, "dame un poquito, vale, que también estoy hambriento". El HOMBRE trata de espantarlo y el PERRO como si no fueran con él. Ladra otro poco. El HOMBRE desiste y decide volver a su sándwich. Sin embargo, la mirada y los ladridos del PERRO le impiden que acabe de pegarle una primera mordida. Se las ingenia para darle la espalda pero el PERRO se levanta y vuelve a apostarse de frente a él. Así siguen durante un rato. Por fin el HOMBRE, bastante irritado, con gestos, trata de decirle al PERRO que lo deje comer en paz. Pero el PERRO continúa con su misma actitud, acezante, sonriéndole con la cola y sin apartarle de encima sus enormes y blandos ojos de perro.

También, de vez en cuando, le lanza un ladrido.

Entonces, por fin, el HOMBRE decide picar un trozo de su sándwich y lanzárselo al PERRO. El PERRO lo atrapa en el aire y lo traga sin siquiera masticarlo. El HOMBRE queda asombrado. Repite la misma acción y el PERRO igual atrapa el trozo de pan en el aire y lo traga sin masticarlo. Y,

desde luego, continúa mirándolo, acezante y meneando alegremente la cola. Además ladra contento. El HOMBRE sonríe y continúa lanzándole trozos de su sándwich al PERRO. No obstante, de repente, se percata de que está a punto de quedarse sin almuerzo y hace el intento de darle una mordida al sándwich. De nuevo la actitud del PERRO lo persuade. De modo que al final acaba dándole el resto de su almuerzo al animal. Se lo ofrece resignado y el PERRO ni corto ni perezoso se acerca y come de la propia mano del HOMBRE mientras éste último sonríe y parece satisfecho con la decisión que ha tomado.

Entretanto el PERRO come, el HOMBRE le acaricia la cabeza y el cuello. Es un bonito ejemplar. Una vez que el PERRO ha finalizado con el sándwich, le lame la mano al HOMBRE en señal de agradecimiento. El HOMBRE comprende y se conmueve. Lo abraza y continúa acariciándolo. El PERRO se echa al piso sobre su lomo, patas arriba, y se revuelca, de un lado a otro, jugueteón y feliz. "Barriga llena, corazón contento", pareciera decir. El HOMBRE se enternece aún más y le rasca la panza. Juegan. Así están unos minutos dándose cariño mutuamente. Ambos lucen muy contentos.

Una mujer POLICIA entra y atraviesa el escenario con lentitud. Por unos segundos se detiene a observar al HOMBRE y al PERRO. Queda profundamente enternecida con aquel cuadro. El HOMBRE se da cuenta de la presencia de la POLICIA y la saluda. Ella le devuelve el saludo con una gran sonrisa y continúa su recorrido habitual por el parque.

El HOMBRE queda prendado de la mujer POLICIA y dura un rato más mirándola alejarse. El PERRO se da cuenta del flechazo que ha atravesado al HOMBRE y se pone algo celoso. De pronto el HOMBRE mira su reloj, comprende que se le ha hecho tarde; recoge sus cosas, se levanta y emprende su retorno al trabajo. Sin embargo, se da cuenta de que el PERRO, muy contento, va detrás de él.

El HOMBRE intenta hacerle entender al PERRO que no lo siga, que él tiene que marcharse pero el PERRO tiene que quedarse allí o seguir su camino. El PERRO se echa sobre sus patas traseras y toma la misma actitud de cuando velaba mientras el HOMBRE intentaba almorzar. Una y otra vez el HOMBRE trata de marcharse y una y otra vez el PERRO se le pega atrás, lo sigue, meneando enérgicamente el rabo.

Hasta que el HOMBRE pierde la paciencia y trata de patear al PERRO. En ese preciso instante entra nuevamente en escena la mujer POLICIA. Enseguida el HOMBRE disimula jugar con el animal y se muestra en extremo cariñoso con él. Como antes. La mujer POLICIA vuelve a enternecerse con la escena y le sonríe al HOMBRE.

Una vez que la POLICIA sale, el HOMBRE reflexiona mientras el PERRO juguetea alrededor de él, salta, ladra, hace como si fuera a investirlo y luego da vueltas muy rápidas alrededor del HOMBRE. Durante un instante de su reflexión, el HOMBRE ve un trozo de palo que está cerca de una de las patas de la banqueta y se le ilumina el rostro. Deja la vianda y el periódico sobre la banca, coge el trozo de palo y se lo muestra al PERRO. El PERRO se echa sobre sus patas traseras y adopta la misma actitud a la que nos tiene acostumbrados. El HOMBRE le lanza el palito pero el PERRO ni se inmuta. Más bien ladra. El HOMBRE entonces tiene que buscar el palito e intenta explicarle al PERRO lo que debería hacer. De manera que se arrodilla frente al PERRO y le hace gestos que quieren decir, "presta atención, tienes que hacer lo que yo haga, ¿okey?". El PERRO sólo mira al HOMBRE, acezante, sin dejar de mover la cola. El HOMBRE lanza el palito, no muy lejos, se coloca en cuatro patas, igual que el animal, y corre a buscarlo. La mujer POLICIA vuelve a entrar en escena y observa al HOMBRE. Sonríe con ternura como queriendo decir, "es increíble cómo quiere este hombre a su mascota". El HOMBRE se da cuenta de que la POLICIA lo observa y acaricia al perro con gran efusión. Ella sonríe nuevamente, deja escapar un largo suspiro, se vuelve y sale por donde mismo ha entrado, esta vez no cruza el escenario como en las dos ocasiones anteriores.

El HOMBRE insiste con el PERRO. Luego de innumerables esfuerzos, por fin logra que el PERRO haga lo que quiere: que busque el palito y se lo traiga de vuelta. Al principio el PERRO se niega a entregarle el palito y gruñe mientras el HOMBRE trata de arrancárselo del hocico. Luego el PERRO cede. El HOMBRE empieza a lanzarle el palito a distancias cortas que irá incrementando paulatinamente hasta que en un momento lanza el palito a todo lo que sus fuerzas dan, lo más lejos posible. El PERRO sale disparado a buscarlo y desaparece por la izquierda. Él se le queda observando, después hace gestos como si lo hubiera perdido de vista, se encoge de hombros, recoge sus cosas de la banca y cuando está a punto de salir por el lateral derecho, el PERRO aparece por ahí cortándole el paso; le deja el palito a los pies y se echa sobre sus patas traseras con la actitud que le conocemos. El HOMBRE no entiende nada, mira hacia atrás, hacia adelante, y sólo quiere echarse a llorar. No obstante, va y se sienta en la banca y se pone a pensar. El PERRO coge el palito con el hocico, camina hasta donde está el HOMBRE, se lo suelta a los pies, y adopta de nuevo su posición habitual.

De pronto al HOMBRE se le ilumina de nuevo el rostro. Saca de uno de los bolsillos de su overol una larga sogá.

Confecciona un lazo con un nudo y luego comienza a llamar al PERRO. El PERRO parece adivinar las intenciones del HOMBRE y huye. Así están un rato: el hombre detrás del perro y éste, entre jugueteón y pícaro, se le escurre entre las piernas, no se deja coger. Finalmente el HOMBRE logra engañar al PERRO atrayéndolo con su vianda: se la muestra, la abre y le hace creer que dentro hay más comida. Una vez que lo tiene cerca, se le echa encima y tras un corto forcejeo desliza el extremo de la soga con el lazo por el cuello del PERRO. Éste se resiste tanto como puede, sin embargo, no consigue evitar que el HOMBRE logre su cometido. El HOMBRE celebra su victoria con euforia; el PERRO, a pesar de su derrota, no cambia de expresión, de actitud; continúa acezando y moviendo la cola como si nada. De tanto en tanto ladra.

El HOMBRE se encamina hacia el poste del alumbrado y midiendo a golpe de ojo la longitud adecuada, amarra el otro extremo de la soga a la base del poste. El PERRO continúa acezando y moviendo la cola. El HOMBRE, sonriendo, coge su vianda y su periódico y sale por el extremo derecho sin siquiera despedirse del PERRO que sigue en lo mismo: acezando y moviendo la cola.

Por el lateral opuesto donde ha salido el HOMBRE, entra la mujer POLICIA y se da cuenta enseguida de que el PERRO está amarrado al poste del alumbrado mientras que el HOMBRE (su dueño, piensa ella) se aleja. Muy preocupada, hace sonar su silbato y le hace gestos al HOMBRE para que se detenga. Luego comienza a hacerle señas para que se acerque. El HOMBRE vuelve a hacer su aparición en escena entre sonriente y asustado. La POLICIA le señala hacia el perro como queriendo decir, "¿cómo has podido olvidar a tu mascota, ah?". El HOMBRE sonríe y hace gestos: "qué descuidado soy, claro, cómo he podido olvidar a mi mascota". La POLICIA también sonríe y disimuladamente le coquetea al HOMBRE. Él por fin cae en cuenta y comienza a derretirse y a tratar de corresponderle a su vez a la POLICIA, aunque también con cierto disimulo, a medida que se va alejando de ella. No le aparta un segundo la vista de encima, desde luego, mientras se acerca al PERRO, que sigue en lo suyo. Desamarra la soga de la base del poste y sigue sin apartar la mirada de la mujer POLICIA. Ella se despide para continuar con su ronda y sale por el lateral derecho. Él, ahora de pie en el centro de la escena, continúa extasiado observando a la POLICIA alejarse y diciéndole adiós.

El PERRO descubre algún insecto (un saltamontes, por ejemplo) y comienza a perseguirlo; empieza a dar vueltas alrededor del HOMBRE que continúa en su actitud de sublime éxtasis: una y otra vez, una y otra vez. Ese rato es

suficiente para que el PERRO le haya dado varias vueltas a los pies del HOMBRE con la soga. El HOMBRE ni se da por enterado. Está en un estado superior de abstracción; algo casi próximo al nirvana, podría decirse.

El PERRO continúa tras su presa; corre hacia uno de los extremos: la soga se tensa, cae el HOMBRE y el PERRO inmediatamente después. Eso sí es suficiente para devolver al HOMBRE a la realidad: desde su posición horizontal, gruñe, refunfuña y tamborilea sin parar sobre el piso mirando hacia el público. El PERRO se repone y muy contento va hacia donde yace el HOMBRE. Mientras mueve la cola, con una alegría que no le cabe en el cuerpo, lame complacido el rostro del HOMBRE.

Esta última escena pareciera decirnos que no hay nada más cierto que el conocidísimo adagio popular de: "el mejor amigo del PERRO es el HOMBRE".

FIN